

GALERÍA

ACTUEMOS ENÉRGICAMENTE CON SUAVIDAD

Gaceta Nº 119 - Octubre de 2010

¡¡HOLA!!

A continuación tenemos el gusto de publicar el cuento ganador del Premio Platero 2010. Dada su extensión comenzamos ya en esta primera página.

El Deseado

Autor: Adolfo Barrientos

Louis Ferdinand Céline (y algunos más, me figuro yo) odiaba profundamente a los argentinos. Se lo refirió Nicole Robert a mi amigo Siso Dal'Ara mientras hacían el amor y la vendimia en la región del Beaujolais, hace unos años, cuando todavía eran estudiantes. Y los odiaba, según ella, porque el pequeño Céline había visto a su madre trabajar hasta la extenuación, planchando ropa y camisas para esos señoritos que venían a París a derrochar la gaita loca, en la época de las vacas gordas del Río de la Plata. No sé si Fernandito Guzmán se hizo acreedor a un odio paralelo por parte de alguna otra gloria literaria de Francia. Pero lo que es seguro es que anduvo por allí, pretencioso y engrupido, con su pinta de rufián abacanado y sus zapatos de dos colores, malgastando el dinero de su familia y sus paisanos. Y también que regresó a la ciénaga venenosa de Dos Arroyos para casarse con una auténtica princesa de sangre azul.

Entre las innumerables vicisitudes, disparates y calamidades que azotaron al pueblo de Dos Arroyos, antiguamente llamado Agubones, sin duda la más paradójica y misteriosa fue la muerte de Fernando Guzmán, acaecida en extrañas circunstancias por obra del agua estancada, según algunos; según otros, del pérfido veneno, que no es lo mismo pero es igual. Muerte afrentosa si se considera el grado de infamia y chismografía que conlleva todo envenenamiento, grave porque significó el ocaso de un esplendor que, aunque ilusorio, había renovado la esperanza de una población largamente maltratada por los elementos.

Ya desde el comienzo el propio nombre de Agubones fue materia de violentas polémicas entre los redactores de la «Crónica de las Comarcas del Nuevo Extremo». La curia tomó rápidamente partido por la tesis de Beltrán Rabadilla, aventurero que hizo levantar los primeros ranchos en el sitio exacto donde se le apareció la virgen durante un sueño siestero, poblado por los efluvios de la Chicha, a la que se había aficionado en su paso por el Alto Perú. Según Rabadilla, Nuestra Señora de las Mercedes, portando un cántaro en la mano, le susurró al oído: «Acqua bona est». Don Beltrán, refractario al latín y al galopante empuje del esnobismo jesuita, interpretó a su modo la sentencia. Con el tiempo, generaciones de analfabetos y cortadores de caña, la pulieron hasta dejarla en la simpleza de Agubones.

La casta ilustrada, menos beata pero tendenciosamente anglófila, atribuye el nombre al estrafalario castellano que practicaba sir Joshua Rowles, explorador y científico al servicio de Su Graciosa Majestad. Este hombre habría asociado, en una misma noche y en dos idiomas irreconciliables, la palabra «agua» al sustantivo inglés «bones». Con ello daba a entender que el reumatismo y otras enfermedades frecuentes en la región se debían a los efectos perturbadores del agua y la humedad sobre los huesos. El pueblo llano, más perspicaz y poco dado a especulaciones lingüísticas, sostenía que el nombre provenía de los Ayub (o Agub), una de las primeras familias que se instalaron en el pueblo. De origen sirio-libanés, los Ayub, gracias a un instinto ancestral para el comercio de chucherías y bagatelas, poco a poco habían hecho fortuna hasta poseer tierras, un gran almacén de ramos generales y el único salón de billar que existía en la comarca. El sufijo «ones» no sería más que un aumentativo plural agregado al «nomen familias» en honor de un antepasado materno de Fernandito que medía más de dos metros de altura. En los archivos del juzgado de paz, constaba el deceso de un tal Elías Ayub producido por ingerir de un solo envión una botella entera de ginebra Bols durante el transcurso de una payada.

La polémica quedó zanjada cuando las autoridades provinciales cambiaron el nombre de Agubones por el de Dos Arroyos, tal y como se lo conoce hoy en día. De más está decir que el pueblo y sus alrededores no se parecían en nada al paraíso

Club del Libro en Español - Palacio de las Naciones, Oficina E-1026, primer piso, puerta 40; ☎ 022 917-4839

Sitio web: www.clubdellibro.org - Correo electrónico: clublibro@hotmail.com

terrenal que buscaban o creyeron encontrar sus descubridores. Rabadilla que entró por la llanura del este, no vivió lo suficiente para alcanzar las tierras bajas, y el abate Francisco de Albera, roído por la fiebre de los pantanos, no llegó nunca a exorcizar los espejismos del desierto. La verdad es que el pueblo, caótica aglomeración de casas y callejuelas, se dividía en dos mitades perfectamente diferenciadas. La de la izquierda orientada hacia la ciénaga pernicioso y la de la derecha que apuntaba con recelo hacia el polvoriento salitral.

Todo comenzó una preciosa noche de primavera en el Club Social y Deportivo de Dos Arroyos. Allí, en la penumbra del salón protegido por mosquiteros de tul y gruesas cortinas de terciopelo, Emilia Ayub (o Agub) consintió que una avanzadilla del caballero Arnaldo Guzmán penetrase más allá de la línea oscura y perfumada de sus senos. Como era preceptivo para la moral de la época la boda tuvo que celebrarse sin dilación. La *turca* Emilia, hermosa y llena de juventud entonces, aportó al matrimonio las mercancías y las tierras, Don Arnaldo, el mero apellido y un hipotético árbol de noblezas peninsulares. Casi veinte años después, no sin laboriosos quebrantos, el cielo premió la tenacidad de Emilia con un vástago a quien el cura párroco, ya desde su gestación, había apodado el «Deseado»: Fernandito Guzmán, solitario heredero del agua y la sal, dueño del azúcar de los cañaverales y de las epidemias, del adulterio y el infamante veneno.

Su llegada a este mundo no fue cosa de soplar y hacer botellas. Helado como la nieve a las quejas de los mortales y desconocedor de su herencia, se hizo desear hasta lo indecible. Arduas y complicadas plegarias, combinadas con abluciones, yerbas mágicas y una providencial cesárea, salvaron a la *turca* Emilia (que se hallaba al borde de la menopausia) de un repudio vergonzante. Arnaldo, cincuentón, fatigado y sin descendencia ya había puesto su codicia en una hija del pueblo, arisca como un animalito pero dueña de unos jugosos pechos reventones. El nacimiento y la tierna infancia del «Deseado» vinieron a poner las cosas en su sitio, aunque los embates de la fortuna no tardaron en volver a desparramarlas.

Para empezar el país entero, con ese aire de recluta espabilado a la fuerza, asistía desprevenido al primer cuartelazo del siglo. Más tarde, *piano, piano*, pero sin pausas, vendrían muchos más. Dos Arroyos, por su parte, había sido víctima de una nueva y más completa epidemia de paludismo y de varias inundaciones consecutivas. Las aguas expansivas y viscosas arrasaron la fachada noroccidental del pueblo, inundando el adoquinado de la calle principal hasta tocar los vedados límites del salitral. Estas minucias, dichas con la benevolencia de quien procura a toda costa evitar el melodrama, colocaron a Dos Arroyos en una delicada situación e hicieron tambalear su bien ganada fama de pueblo duro e inquebrantable.

Mientras tanto el muchacho crecía, pero a diferencia de otros elegidos, Fernandito aborrecía el heroísmo, el trato físico, la sangre y el contacto con sus peones o la hacienda brava. Ni siquiera mostraba interés por el procedimiento de la fabricación de azúcar que tanto desvelaba a su padre. Al mate chismoso y dicharachero, al fútbol y a las trifulcas juveniles, prefería los versos de Espronceda, las películas de Howard Hawks o las revistas ilustradas con fotografías de Libertad Lamarque y Carole Lombard. Su madre le había regalado un gramófono y se pasaba horas escuchando fox-trot, cha-cha-chá o música igualmente negra de Estados Unidos. Algún tanguito arrabalero también caía de vez en cuando. Algunas tardes solía con-descender hasta la plaza de Dos Arroyos acompañado por su perro, un pastor belga de pelo negro. Iba siempre impecable: traje claro, clavel en la solapa y zapatos de dos colores.

Aunque resulta ocioso hacer conjeturas sobre su verdadera naturaleza cabe pensar que detrás de su apariencia frágil y casi femenil, se ocultaba una fría y caprichosa soberbia. Tenía más arrogancia de Guzmán que tenacidad de turco comerciante y pionero. Sus ideas no por ilustradas eran menos absolutistas y desdeñosas con sus paisanos. Fuera de los límites de «El Juncal», la casa solariega, las opiniones sobre el niño Fernando eran dispares. Mientras el cura párroco desde el púlpito, rozando la herejía, lo saludaba como a un nuevo Mesías, esperanza y salvación de Dos Arroyos, la chusma del graderío bostezaba pensando en los vapores del salitral y en las próximas inundaciones.

Cuando cumplió veintiún años sus progenitores decidieron enviarlo a estudiar en el extranjero. Malinterpretando un consejo de los padres lourdistas, su tutor lo inscribió por correo en la Universidad de París. La Sorbonne fue, a todas luces, una elección descabellada y peregrina, puesto que Fernando tenía que especializarse en agronomía y cultivos subtropicales. Sin embargo nadie dijo esta boca es mía ni se atrevió a truncar el proyecto. En el puerto de Buenos Aires, Arnaldo Guzmán, digno, canoso y autoritario lo despidió secamente:

- Espero que vuelvas hecho un hombre. Aquí te estaremos esperando.

Doña Emilia que hasta el último momento estuvo porfiando para que embarcasen una vaquilla, así Fernandito tendría leche fresca durante la travesía del Atlántico, tuvo que conformarse con un convencional beso de madre en la frente de su hijo. Cuando sonaron las sirenas y el barco comenzó a desplazarse, la *turca* sufrió y lloró tanto que tuvo un desvanecimiento de campeonato. Para reanimarla fueron necesarios un médico de la comandancia de marina y varios botecitos de agua de azahar mezclada con alcohol alcanforado.

En París, Fernandito ocupó un cuarto amueblado cuyas ventanas daban a la rue Monsieur le Prince. Quería tener a mano el corazón de la *Rive Gauche*, los muelles del Sena, Saint-Michel y los jardines de Luxemburgo. Avispado como un lince no tardó en aclimatarse a las exigencias de la urbe. Su francés escaso y acriollado pasó a imitar sin mayores dificultades el orillero

de Nanterre y las inflexiones rebuscadas del 16ème arrondissement. En la terraza del café de Flore, junto a sus contertulios, arriesgaba pronósticos acerca del tiempo y las carreras de Vincennes. Según el día y la hora se lo podía encontrar dando un paseo bajo los cipreses del cementerio de Montparnasse o discutiendo, en un zaguán de Saint-André-des-Arts, sobre las consecuencias del militarismo prusiano. A la Sorbona iba poco, la verdad, y sólo por mantener viva una nostalgia. El pavé del patio central le recordaba, contra toda evidencia, el chapucero adoquinado de la calle principal de Dos Arroyos. Ese tipo de cosas lo enternecían hasta la médula provocándole alguna lagrimita que soltaba con disimulo en memoria de su patria chica.

Algunos miembros de la casta ilustrada, los que se salvaron del barro y de la quema, sostienen que el *savoir faire* de Fernando despertó cierto interés entre los allegados de Merleau-Ponty. Refieren asimismo un cierto trato personal con Max Ernst y el entorno de Peggy Guggenheim. Jesús María Lizárraga, párroco y exorcista de Dos Arroyos, asegura haber visto a Fernandito sonarse las narices con un pañuelo de encaje autografiado por la propia Cocó Chanel. De cualquier forma, no fueron sus contactos ni sus afinidades selectivas los que hicieron del Deseado un auténtico fuera de serie (al menos para algunos compatriotas) sino su posterior matrimonio con un ángel de pura sangre azul.

Debió ocurrir durante un típico otoño parisino, porque así convenía al carácter de la princesa. Una tarde gris y lluviosa, diseñada sobre un fondo melancólico de árboles deshojados y bulevares desiertos. Fue entonces cuando Fernando Guzmán subió por primera vez al nidito acogedor de Mademoiselle Aniuska, en el número 12 de la rue Blanche.

(El dato, no está de más mencionarlo, se lo pasó Enric Llosas, un estudiante del Maresme, quien de paso le soltó unas frases alusivas a la ternura de la rusita). Mademoiselle Aniuska, frágil y delicada, tenía una hermosa cabellera dorada y la piel traslúcida como el alabastro. En realidad su pasado, su nombre y sus huellas dactilares correspondían a los de Irina Dulblin, princesa de Krosnovie, emparentada en diferentes grados con descendientes de los Romanov y reducida a la triste condición de *fille de joie* por la resentida mersa de intelectuales bolcheviques. Todo esto la princesa lo guardaba en secreto y Fernando no lo supo de sus labios hasta mucho después, cuando sus frecuentes visitas evidenciaron el celo y la pasión amorosa.

Aunque parezca presuntuoso, no resulta difícil imaginar que un aborigen de la pampa, pletórico de sangre mora y castellana, pudiese conquistar a una princesa rusa. Mucho menos lo es concluir que la había conocido en un burdel de Montmartre. Aunque el detalle pasó olímpicamente al olvido una vez que se formalizaron las relaciones. El Deseado se trasladó a la rue Blanche, hizo cambiar el número de teléfono y colocó, durante varias semanas, el cartel de «Completo». Cabe pensar que el otoño continuó arrastrando hojas muertas por los trottoirs de la Ville, que la niebla del río siguió disimulando besos y miserias contra los muros de las antiguas iglesias; mientras en un bulín cada vez más íntimo y azul, al calor de un samovar y acunada por los compases de un tango, la pasión incubaba semillas de felicidad perdurable.

Cabe hablar de muchas cosas más, de soledades y desarraigos, de exilios impuestos o inventados, de cuerpos y almas predestinados a encontrarse. Puede que en la mente apasionada de Irina se hubiesen entreverado historias de gauchos y cosacos, leyendas esteparias de sangre y de caballos. Fernandito Guzmán abominaba de todo eso pero está claro que el título de la princesa lo había deslumbrado. Lo cierto es que la convenció para que fuesen a vivir en Dos Arroyos. No quiso partir sin atar cabos sueltos, así que envió dos telegramas urgentes, uno a su familia y otro a la casa parroquial. Ambos llevaban un idéntico mensaje: «Irina Dulblin, princesa de Krosnovie, y Fernando Guzmán os participan de su próximo enlace». Con ello tranquilizaba los pruritos morales de sus mayores y obligaba a las fuerzas vivas del pueblo a tributarles un recibimiento acorde con la categoría de los personajes.

Aún así, fueron pocos y despistados los transeúntes que vieron aparecer aquella mañana al «Chevrolet 55» dando tumbos por el adoquinado de la calle principal. A esa hora ya había comenzado a apretar el calor. Un par de nubecitas solitarias planeaba sobre la copa de los espinos en el salitral, mientras del otro lado, bandadas de garzas chapoteaban en el agua de los esteros. El automóvil se detuvo frente al juzgado de Paz y por una de sus puertas apareció la pálida princesa, primorosamente vestida de seda y rosa. Con una mano enguantada, Irina Dulblin saludó graciosamente al grupito de curiosos, en especial a Juanita Osorio del Castillo, que había acudido a recibirla en representación de los notables y a Guillermina Cuevas, como tribuno de la plebe. Hasta en eso Dos Arroyos sabía marcar sus diferencias. El juez le dio la bienvenida a la pareja pero no pudo soslayar una fugaz impertinencia, producto de sus flirteos juveniles con una rama local del anarquismo. Mientras estampaba en el pecho de la princesa una escarapela celeste y blanca, colores patrios donde los haya, exclamó solemnemente que «el pueblo de Dos Arroyos se sentía encantado de acoger en su seno a una compatriota del inmortal Bakunin». La dama que no entendía bien el castellano, atrapó al vuelo las resonancias de ese nombre pero no dijo nada. Irina manejaba la diplomacia como nadie y en el fondo todo el mundo sabía que el pobre Mijail Alexándrovich no había hecho más que renegar de su clase. Al atardecer de ese día hubo churrasco campero y baile en los patios de «El Juncal».

A partir de la llegada de la princesa una especie de irremediable desenfreno se apoderó de Dos Arroyos. El escepticismo de las vísperas se transformó en curiosidad expectante y en morbosos cuchicheos. Por «El Juncal» pasó, día tras día, la flor y nata de la elegancia provincial. Abogados, políticos y terratenientes con sus respectivas consortes desfilaban para desenmascarar una falacia pero se daban de bruces con la asombrosa realidad. Ellos, hijos y nietos de inmigrantes llegados al país con una mano detrás y otra delante, habían adquirido mediante la falsificación o el dinero, el alivio de unos antepasados heroicos y llenos de

hidalguía. Ahora tenían que enfrentarse a una auténtica princesa, la única aristócrata que habían visto en su vida. La actitud de la plebe variaba según la ocasión, el sexo y las edades. Las más viejas, como Guillermina Cuevas, se preguntaban si Irina no sería en realidad una bruja encantada, surgida de las brumas polares. Los peones se emborrachaban con cerveza negra y vermouth, evocando la palidez, la sonrisa y la dorada cabellera del ángel. Fernandito Guzmán literalmente se babeaba, no cabía en sí del goce que le proporcionaban la envidia y la admiración de sus pares.

Tampoco «El Juncal» permaneció indiferente a los cambios sobre la marcha. De una típica residencia de estilo colonial español pasó a convertirse en un estrambótico palacete dadaísta. Fernandito Guzmán contrató a un arquitecto que agregó dos plantas más a la casa y un *duomo* de corte veneciano, cuyos reflejos azulados dominaban las ciénagas y el salitral. Los lugareños contemplaron durante meses, por los caminos polvorientos, el incesante desfile de carros y camionetas que transportaban columnas de mármol, estructuras de aluminio y otros materiales de construcción para «El Juncal». En los nuevos salones convivían ahora, pacíficos y resignados, ponchos catamarqueños con tapices de Amberes, alfombras turquemas y encajes de Camariñas, mates con incrustaciones de plata y jarrones de jade. Sin contar los óleos, affiches, collages, frottages, cadáveres exquisitos y «ready-made», tan del gusto de Fernandito. Él mismo había creado uno con una rueda de molino de la que había suspendido una cabeza de vaca disecada, dos boleadoras y un antiguo ventilador de pared. Cuando todo estuvo concluido, cuando el «Deseado» consideró que la casa no desmerecía el encoquetado rango de su dama, sobrevino la más violenta inundación que recuerda Dos Arroyos.

Aunque ya para entonces los tiernos brotes de la primavera conyugal se habían marchitado. La frivolidad y la constante obsesión de Fernando por el título de la princesa terminaron por desenmascarar al arribista. Alguna vez pensó incluso que, si las cosas cambiaban (¿por qué no?), un hijo suyo podría reclamar un principado en Estonia o Bielorrusia. Irina Dulblin mientras tanto, fatigada de interpretar el papel que le habían asignado, aburrida de palpar fanfarronadas que apenas entendía, no tuvo más remedio que encerrarse a llorar como lo hacen, desde hace muchos siglos, las princesas cautivas. El cariño despojado, el valor personal, la ilusión por lo simple, es decir, todo aquello que había aprendido en París como prostituta, lo estaba perdiendo aquí como princesa.

Se sentía no sólo lejos de su patria sino de cualquier otro lugar del mundo conocido. Asomada al domo, de cara a la llanura, muchas veces le acometía la certeza que iba de un exilio a otro, de soledad en soledades.

Irina invirtió algún tiempo en darse cuenta que ya no amaba a Fernando. Tardó un poco más en comprender que lo odiaba. Desde entonces le resultó más fácil descender al barro elemental de Dos Arroyos y en cierta ocasión se atrevió a mezclarse con las muchachas del pueblo para enseñarles unas danzas lituanas. El «Deseado» se sintió ofendido, naturalmente, pero ya no mandaba sobre el corazón de Krosnovie. La princesa se aficionó a los rojos crepúsculos del salitral, a sentir como suyo el paisaje sentimental e instantáneo de las ciénagas y se fue olvidando poco a poco de París y de Rusia. Consideró que estando como estaba, en un pozo sin fondo, era superfluo vivir de los recuerdos. Todas las tardes atravesaba el cañaveral y se sentaba al borde de la laguna a contemplar el vuelo de las garzas y los patos salvajes. El aire suave, no exento de mosquitos, le traía también un frescor de agua y de luna nacida entre los juncos. Hasta que un atardecer, fascinada por los reflejos de una llama que bailaba en el fogón de un rancho y por el dulce quejido de una guitarra, la princesa de Krosnovie estimó que también era superfluo regresar a su casa.

Más agraviado que deseoso, Fernando organizó la búsqueda con una partida de rastreadores. Durante varios días esos hombres acostumbrados a distinguir un rastro tan sólo por el sabor del pasto, no hallaron ni la más mínima huella de la princesa. Al final, decepcionado, medio muerto de sed, Fernandito Guzmán se quitó el sombrero panamá y se agachó para beber el agua de sus pantanos, a pesar de las advertencias que le habían hecho los rastreadores. La fiebre, el delirio y finalmente el óbito fueron achacados por sus parientes no al agua estancada sino a un envenenamiento progresivo y minuciosamente planificado. Nassif Ayub, su tío materno, sopesó como prueba unas cápsulas semivacías de ácido cianúrico, halladas en el *nécessaire* de la princesa. Para Arnaldo Guzmán, la súbita desaparición del sospechoso era más que una evidencia.

Por alguna misteriosa razón no se volvió a repetir ninguna inundación de importancia en Dos Arroyos. Por el contrario, fueron la quema y los vapores del salitral los que se adueñaron del pueblo, hasta el punto que hoy en día nadie se extraña que el adoquinado de la calle principal se haya convertido en ruta obligada del alacrán y las serpientes, amén claro está, de algunas bicicletas y del autobús de línea. Sólo las ciénagas continúan aportando su cuota de fiebre y visiones fantásticas como en los buenos tiempos de Albera y de Beltrán Rabadilla.

Los vecinos de la fachada occidental, por ejemplo, aseguran haber visto, en varias ocasiones, una luz mala en el rancho de Indalecio Cardona. Algo así como una chispa del infierno. En la misma dirección, la comadre Guillermina jura y perjura que vio un extraño resplandor, como el reflejo de la luna sobre una cabellera dorada. Pero son bulos, fantasías echadas a rodar por gente que no se resigna a prescindir para siempre de la hermosa princesa. Indalecio Cardona es un gaucho esquivo y cimarrón, amigo de pocos amigos. Baquiano con el lazo, el machete cañero y poco más. Algunas noches, es cierto, sentado junto al fogón de su rancho, a orillas de la laguna, se le da por templar la encordada. Esa guitarra que hace contrapunto con los sapos. □